

Benito Madariaga de la Campa. *Aventuras y desventuras de un trotamundos de la poesía. Recuerdo y homenaje a Pío Fernández Muriedas*. Santander: Gobierno de Cantabria, 2009, 90 pp.

En este bonito librito (22,5x23.5 cm), profusamente ilustrado, se propone Benito Madariaga, a partir de una documentación original prestada por la familia (un libro de cuentas, unas memorias inéditas, carteles, fotos, retratos, caricaturas, programas, etc.), reconstruir la vida de su amigo Pío Fernández Muriedas/Cueto (1903-1992), actor, recitador de poesía andariego y amigo de poetas y dramaturgos, pintor y también poeta, desde sus primeros pasos en la escena (como actor en la compañía de Margarita Xirgú en 1921-22) y sus primeros recitales de poesía, hasta la primera década de la democracia rediviva, años en los que Santander, a donde volviera hacia 1963, se acuerda del veterano republicano y con cariño lo celebra.

Esta larga y, en muchos aspectos, aciaga vida, fue a partir de 1939, la de un vencido: el comprometido secretario general de la Unión de escritores y artistas revolucionarios al servicio de la República para Santander sobre el que suministra Madariaga (pp. 29-33), abundantes, originales y apasionantes informaciones, una como prolongación, vivida desde dentro, de aquellos poetas y artistas estudiados por S. Salaün (*La poesía de la guerra de España*, Madrid, Castalia, 1985) que, como el «recitador proletario» F. Muriedas o el dibujante Antonio Quirós, se pusieron «al servicio de la propaganda en los frentes republicanos», recitando poesías con altavoces.

Ser recitador de poesía será para el condenado y luego indultado Pío, ahora Fernández Cueto (también actor a ratos en obras unipersonales como *Las manos de Eurídice*), la manera de ganarse malamente la vida, acompañado por su segunda esposa quien a partir de 1946, en un *Diario* utilizado por Madariaga, llevó la cuenta (y las cuentas, no muy opíparas, en las que hasta entra el resultado de las rifas organizadas al final de la función) de sus recitales por todas las regiones de España que «cos(ieron) con sus pasos»: ¡669 entre junio de 1946 y diciembre de 1953, por ejemplo! Son dichos recitales de variable contenido y forma: poetas clásicos, montañeses, escenas teatrales, pero también, al hacerse menos estricta la censura para este tipo de actividades, Miguel Hernández, Alberti, Lorca, Blas de Otero o como, en 1969, para el recital de poesía que da en el Real Club de Regatas de Santander (cf. p. 46), obras de Unamuno, Antonio Machado, Dámaso Alonso, Aleixandre, Vallejo, García Lorca, Francisco García Yoldi, San Juan de la Cruz, Lope de Vega, Calderón de la Barca. Los da aquel «romero de la poesía», como le denominó León Felipe, en círculos, ateneos, cajas de ahorro, institutos, seminarios, universidades, hasta en tabernas, cuadras y el pórtico de una Iglesia (cf. p. 36), pero también por la radio y en teatros consagrados, ayudado —y hasta acompañado, como en 1957, en el cine Cerdón, por Gerardo Diego— por los propios y solidarios poetas y dramaturgos (Aleixandre, Celaya, Blas de Otero, Jesús Cancio, Pemán, Buero Vallejo, etc.), quienes le acogen y protegen casi como un poeta más.

Nos permite *descubrir* —o recordar con Ramón Menéndez Pidal— que la poesía se percibe con el oído más que por la vista, que en la segunda mitad del siglo XX, la poesía también podía ser dicha y escuchada y no solo leída, que sin llegara a

ser de consumo multitudinario, gracias al recitador, pudo dejar de ser cosa de círculos minoritarios o confidenciales y que los poetas contemporáneos a quienes solemos leer en libros y libritos casi siempre de escasa difusión, se lo agradecieron a su «garganta» o portavoz Pío F. Muriedas (ahí están sus testimonios y cartas parcialmente reproducidos pp. 65-71 y 82-9) y que a los demás —los clásicos— supo Pío restituirles su primigenia vida.

A partir de este entrañable «bosquejo biográfico», repleto de informaciones y documentos (retratos, caricaturas, carteles, programas, cartas, etc.), se nos antoja que el propio Madariaga, incansable explorador e investigador de la cultura cántabra y española contemporánea, u otro historiador del espectáculo y de la palabra viva podría interesarse por unos aspectos como la dimensión performancial de la recitación de Pío F. Muriedas (su voz, su mímica, su gestualidad...), solo sugerida por alguna foto (cf. pp. 21, 57, 62) o la recepción por el público de dichos recitales (a través de la prensa, por ejemplo), ampliándolo incluso a otros recitadores mencionados por Madariaga (p. 44.) y, en general, a todas aquellas formas de cultura itinerante, toda aquella farándula que desde los juglares (Menéndez Pidal saluda en Pío Fernández Cueto (p. 44) a «un restaurador del arte de los antiguos juglares») hasta, en fechas no muy lejanas, las compañías de teatro portátil, como el Gran Teatro Regional, los espectáculos de Manolita Chen, el cine itinerante, etc. permitieron, con sus «viajes a ninguna parte», que la cultura —incluso la más culta— llegara a los más recónditos pueblos de España, para a veces reanudar con prácticas inmemoriales como es la recitación y canto de romances, gracias al legítimamente recordado y homenajeado por Benito Madariaga, recitador andante de la poesía, Pío F. Muriedas, quien, como dijo Vicente Aleixandre, supo «dar cuerpo al espíritu de la poesía».

JEAN-FRANÇOIS BOTREL
UNIVERSITÉ DE RENNES 2